



Los Estudios Clásicos en la Formación Sacerdotal
Dr. Juan Napoli y Prof. José Antonio German
Dios y el Hombre, vol. 6, n. 1, 2022
ISSN 2618-2858
<https://revistas.unlp.edu.ar/DyH/index>
Cátedra libre de pensamiento cristiano – UNLP
Seminario Mayor San José
La Plata, Buenos Aires, Argentina

Los Estudios Clásicos en la Formación Sacerdotal

Classic studies on priest's formation

Dr. Juan Napoli y Prof. José Antonio German

jos.thehangedman.german@gmail.com - juanapoli@hotmail.com

Seminario Mayor San José - La Plata - Argentina

Resumen

A partir de referencias a textos clásicos, como la *Eneida* de Virgilio, y también a los Evangelios, los autores desarrollan su mirada sobre la necesidad de que los futuros sacerdotes puedan conocer las lenguas latina y griega, no sólo por una cuestión cultural, sino también para poder desenvolverse mejor al momento del estudio de la Sagrada Escritura. No se trata de quedarse en la formalidad del lenguaje, sino de poder captar por medio de las palabras el mensaje que Dios ha querido dejar a los hombres de todos los tiempos.

Palabras clave: latín, griego, palabra, lenguaje, sacerdocio

Abstract

Based on references to classical texts, like the Virgilio's *Aeneid*, and the Gospels too, the authors develop their sight about the need for future priests to be able to know the latin and greek languages, not only for a cultural issue, but to be able to function better at the moment of studying the Holy Scripture too. It's not about staying on the formality of language, but to be able to grasp through words the message that God has wanted to leave to men of all times.

Keywords: latin, greek, word, language, priesthood

Recibido: 21/10/2022

Aceptado: 21/10/2022

Publicado: 25/11/2022



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



¡Alabado sea Dios por las vocaciones sacerdotales!

Quienes tenemos algunos años más que los ingresantes al Seminario y conservamos el recuerdo de un mundo menos intercomunicado, sabemos cuánta necesidad de la Iglesia tiene la humanidad en estos tiempos de cambios acelerados. Que un joven decida dedicar su vida al servicio del Señor es motivo de júbilo genuino.

El Seminario es el instrumento de la Iglesia para *formar* integralmente a los futuros sacerdotes. La vida en comunidad forma. La oración en comunidad forma. La cercanía de las eminencias sacerdotales forma.

Y así como también, por supuesto, el Instituto del Seminario forma y lo hace a través de una instrucción intelectual específica y diversa, la cual incluye estudios de latín y de griego.

Al fin y al cabo, ellos, esos alumnos, son la sal de la Tierra y la luz del mundo. ¿Qué puede hacer por estos varones, en el camino de la santidad, el estudio de las lenguas clásicas? ¿Por qué esas dos lenguas “muertas” que parecen tan alejadas de nuestro vertiginoso siglo, el latín y el griego, deben ser el objeto de la atención de ellos?

Primera aclaración: no existen las lenguas muertas. Las lenguas son organismos vivos y siguen transmitiendo su mensaje a pesar de que, en algunos casos, es posible que no haya hablantes nativos de una lengua determinada. Sin embargo, en la medida en que esa lengua siga manteniendo el interés de lectores y estudiosos, esa lengua no ha muerto, porque no ha terminado de decirnos lo que tiene para expresar.

El griego y el latín clásicos son lenguas de corpus cerrado: es decir, hay un conjunto de textos escritos en esas lenguas, y esos textos mantienen su vigencia y su vitalidad. Homero, Sófocles, Platón y Aristóteles, entre muchos otros, así como Virgilio, Horacio y Cicerón, como el Nuevo Testamento Griego y la Vulgata latina de San Jerónimo, siguen despertando el interés de lectores y estudiosos. Por esa razón el griego y el latín no son lenguas muertas. Están bien vivas en la mente y el corazón de quienes las estudian y las aman, y en las voces de los textos que atesoran su sentido.

Veamos algunos ejemplos de esa vitalidad de las lenguas clásicas. En la edición en línea de la Biblia que se encuentra disponible en la página oficial del Vaticano leemos:

Pilato redactó una inscripción que decía: "Jesús el Nazareno, rey de los judíos", y la hizo poner sobre la cruz. Muchos judíos leyeron esta inscripción, porque el lugar donde Jesús fue crucificado quedaba cerca de la ciudad y la inscripción estaba en hebreo, latín y griego (Jn. 19, 19-20).

El texto de los Santos Evangelios fue compuesto originalmente en griego, pero no necesitamos traducirlo nuevamente, puesto que contamos con muchas y muy buenas traducciones, aceptadas y sancionadas por la Iglesia. Sin embargo, uno podría preguntarse si es suficiente con esas traducciones, y si puede serlo específicamente para el futuro sacerdote.

El pasaje citado es interesante para nuestro asunto, puesto que es una mención específica de las dos lenguas que nos convocan, y podría servirnos para plantear una



suerte de argumento histórico: *indagar las condiciones específicas de la crucifixión de Jesucristo, necesaria para la salvación de las almas, es indagar en la confluencia de las historias de Grecia, de Roma y del pueblo judío.*

La cercanía de Grecia y Roma en el Mar Mediterráneo es una de las claves para entender lo que en la actualidad llamamos “civilización occidental”. Las relaciones entre estos dos pueblos comienzan mucho antes del año 146 a. C., cuando Grecia queda sometida formalmente al poder romano tras la batalla de Corinto. Tal vez hasta nueve siglos antes, si se considera posible que los primeros establecimientos griegos en la península itálica, en Cumas, sean del 1050 a. C. No lejos de la fundación de Roma, en 753 a. C., los griegos fundan numerosas colonias en la península itálica y en Sicilia.

Desde su origen, la ciudad que iba a ser Roma estuvo sometida a la influencia cultural griega. De carácter pragmático, el pueblo romano abrazó esa influencia, que significó un enriquecimiento importantísimo. Este proceso está al alcance de nosotros, y una de las formas en que podemos estudiarlo es en la literatura. Pocos años antes de Cristo, el poeta Horacio, en la carta que escribe al emperador Augusto para rechazar un ofrecimiento que le había formulado, realiza una breve síntesis de la historia literaria romana bajo la tutela de la literatura griega. La carta está compuesta en hexámetros, un metro que los latinos tomaron de los griegos. Es el metro en que Homero compuso la *Iliada* en el s. VIII a. C., y Virgilio la *Eneida* en el I, a. C.

En el siglo anterior a Cristo, nace y muere el más importante poeta de la antigüedad romana: Virgilio. Su obra más influyente y conocida, la *Eneida*, presenta una visión mítico-poética de la historia romana. Allí vemos cómo el héroe Eneas dirige a los últimos sobrevivientes de la ciudad de Troya a establecerse en el Lacio donde, andando el tiempo, sus descendientes llegarán a fundar Roma. El triunfo de la empresa solo puede alcanzarse después de la destrucción (simbólica en el poema) de Cartago y de la alianza de estos restos de la nación troyana con un pueblo de origen griego, para enfrentar al común enemigo de los rútilos, uno de los pueblos autóctonos del Lacio.

Siguiendo el modelo de *Iliada*, cuya primera palabra (Μῆνιν, *cólera*) define su tema, Virgilio cuenta una guerra; siguiendo el modelo de *Odisea*, cuya primera palabra (Ἄνδρα, *varón*) también nos define el tema, Virgilio narra los trabajos de un varón esforzado que mucho debió bregar para alcanzar su destino y que, al alcanzarlo, debe enfrentar allí nuevos trabajos. En el primer verso de *Eneida* las dos palabras (*arma* y *virum*) se unen armónicamente para alcanzar la síntesis de la tradición homérica en una nueva creación. Leemos: “Arma virumque canō, Trōiae quī prīmus ab ōrīs” [Canto las armas y al varón que primero desde las orillas de Troya] (Virgilio, *Aeneis*, v. 1).

Eneida nos da una idea del mundo antiguo inmediatamente anterior a Jesucristo: la idea de Roma como señora del Mediterráneo... ese Mediterráneo que en su extremo oriental baña las costas del Reino de Israel...

Hemos visto que el Nuevo Testamento nos muestra cómo la muerte de Jesús es un hecho que se puede adjudicar a la administración romana. Pero también su nacimiento está señalado por ella: Leemos en Lc. 2, 1: “En aquella época apareció un decreto del emperador Augusto, ordenando que se realizara un censo en todo el mundo”.

Esto obliga a José y a María, que llevaba a Jesús en su vientre, a abandonar Nazaret y dirigirse a Belén.

El hecho, más o menos del mismo modo que la apelación *ad Caesarem* de Pablo, ilustra cuán enmarcada está la historia terrenal de Cristo y de la Iglesia primitiva en la historia del dominio romano. Luego de unos tres siglos de persecución y proscripción, será el emperador Constantino I quien autorizará el culto cristiano.

Pero volvamos a Virgilio. Antes de *Eneida*, el poeta mantuano compuso una serie de poemas de ambientación pastoril, las *Bucólicas*, entre las que destaca la cuarta de ellas. El poema comienza: “Sicelides Musae, paulo maiora canamus” [Musas sicilianas, cantemos cosas un poco más grandes] (Virgilio).

Estas cosas son “maiora” por el contraste con el asunto “humilde” (también en sentido etimológico; deviene de “humilitas”, y esta de “humus”, “tierra”) de las otras composiciones; se trata del advenimiento de una nueva Edad de Oro en todo el mundo, cuyo comienzo está señalado por el nacimiento de un niño. El poema se ocupa de enumerar las características de esa edad dorada inminente: el reinado de la Justicia, la ausencia de violencia, la ausencia de engaño, la ausencia de necesidades materiales, pues “omnis feret omnia tellus” [toda tierra producirá todo]. El texto del poema habilita la interpretación de que el niño por nacer es Jesucristo, aunque la crítica especializada rechaza, con argumentos atendibles, dicha hipótesis.

En este punto podemos entrever cuál es, tal vez, la contribución más grande que el estudio de las lenguas clásicas puede hacer a la formación de los futuros sacerdotes. Ante la misteriosa *Égloga IV* de Virgilio, parece natural experimentar cierta perplejidad que es muy recomendable para el estudiante. El poema, independientemente de las intenciones originales de su autor, obliga al lector cristiano a plantearse la pregunta de hasta qué punto es posible para el ser humano comprender.

Por supuesto que esta contribución no consiste en el desprecio de la ciencia humana, sino todo lo contrario; revaloriza su fuerza e importancia. Consiste en un desafío, en una invitación a lo que los griegos llamaron ἐρμηνευτική τέχνη, la hermenéutica, que marcará la vida de los seminaristas y será habitual práctica de los sacerdotes. Es en escritos como la *Égloga IV* donde el estudiante debe aprender que en todo texto hay una literalidad y que esta no debe soslayarse; que la interpretación sólo puede ser posterior al estudio detallado de esa literalidad, y que ese estudio demanda más y más estudio para poder afirmar algo de manera certera.

Así, al llegar al verso 11 (Teque adeo decus hoc aevi, te consule, inibit, Pollio...), el estudiante deberá preguntarse si ese primer “te” es un acusativo o un ablativo, luego si es un ablativo causal o de otro tipo, luego si es o no una duplicación anticipatoria y enfática del “te” que aparece claramente en la construcción absoluta de más adelante, luego si el uso que se asume correcto es frecuente en las églogas (o en toda la obra de Virgilio) y, recién luego de numerosas preguntas susceptibles de recibir respuestas más o menos concretas, podrá abordar no sólo ya la cuestión de si ese “teque inibit Pollio” puede recibir o no la traducción de “y a causa de ti, Polión, comenzará”, cuestión que ya atañe a la filología, sino también la de si es lícito sostener a partir de ese verso que Polión sea el padre del niño cuyo nacimiento se vaticina (San Jerónimo, primer traductor de la Biblia al latín, creía que el niño era Asinio Galo, hijo de Asinio Polión).



El Instituto del Seminario no se propone que el estudiante resuelva estas arduas cuestiones filológicas, seguramente irresolubles. Pero debe tener interés en que, si algún alumno decidiese tomar partido en ellas, deberá tener a su disposición una formación tal que en tal caso no debiera apelar a la fe propia como argumento. El futuro pastor de almas debe hacer propio el apotegma latino: *lectio paginae, lectio rerum, lectio hominum*. Es decir, la adecuada lectura de la página escrita, el análisis detallado de todas las cuestiones involucradas, nos enseña a leer mejor las cosas y, finalmente, nos enseña a leer mejor a los hombres. No es una tarea desdeñable.

De esta manera, los docentes de lenguas clásicas del Seminario deberemos enseñar que cada texto es un universo con sus propias reglas. Adentrarse en ese universo es justamente descubrir, a través de lo periférico y exterior, las reglas internas que sustentan la interpretabilidad del texto. Esa formación permitirá que el futuro sacerdote pueda intervenir en los debates teóricos de todo tipo y, particularmente, en los que dan forma a las sociedades, sus instituciones y sus marcos legales. Estos debates son ocasiones idóneas para que el religioso comparta con el mundo, en una lengua que el mundo pueda comprender, las verdades que ante él se presentan como evidentes por la fe. Incluso cuando eso no parezca posible. Como un acto de amor hacia el mundo, y sin morigerar la importancia de la fe, es un deber de todo religioso distinguirla y separarla claramente de la superstición.

En el primer capítulo del evangelio de San Marcos leemos: “Y al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu Santo descendía sobre él como una paloma” (Mc. 1, 10). Es esta una traducción correcta, no literal, de la versión de la Vulgata: “Et statim ascendens de aqua vidit apertos caelos et Spiritum tamquam columbam descendentem in ipsum”.

La palabra “Santo” como atributo del “Espíritu” no aparece en el texto de la Nova Vulgata. Y tal vez traducir “apertos caelos” por “que los cielos se abrían” no sea exacto, por cuanto el participio latino es pasado y pasivo. Lejos de la voluntad de este artículo está la de corregir o criticar la traducción de la página oficial del Vaticano. El propósito de esta cita y este cotejo es el de ilustrar una situación frecuente que los alumnos del Seminario deben a los estudios de las lenguas clásicas. Aquí se ilustra el carácter verdadero del “pontífice”, creador de puentes entre el mundo y la Divinidad. La traducción “*que se abrían*”, sin ser la más literal, es una que llanamente expresa la idea del texto, por cuanto especifica que la “apertura” de los cielos es algo excepcional ligado a la circunstancia que se narra en el fragmento. Traducir “los cielos abiertos”, e incluso “abiertos los cielos”, sería atenerse, tal vez, más a la literalidad del enunciado, corriendo el riesgo de que la palabra “abiertos” pase a la traducción, que es la única versión que miles de personas conocerán, como un mero calificativo, tal vez poético: “ese día estaba despejado”.

Una lectura supersticiosa de este fragmento no dejaría de notar que el participio “descendentem” puede estar concertado con “columbam” y con “spiritum”, más o menos indistintamente. Incluso, podría pensarse que la cercanía con “columbam” favorece esta opción. El lector supersticioso, lícitamente, podrá sostener que, por mínima que sea, esta ambigüedad sintáctica implica una ambigüedad semántica: no es lo mismo “vio al Espíritu que descendía, como una paloma, hacia él” que “vio al Espíritu, como una paloma que descendía hacia él”.

El lector probo reconocerá esa ambigüedad, pero no verá tambalear en ella la fábrica de la Ciudad Eterna. Estudiará. Llegará a saber que la Nova Vulgata es un reordenamiento de las diferentes variantes de la Vulgata de San Jerónimo, que, a su vez, es una traducción del original griego: “καὶ εὐθὺς ἀναβαίνων ἐκ τοῦ ὕδατος εἶδεν σχιζομένους τοὺς οὐρανούς καὶ τὸ πνεῦμα ὡς περιστερὰν καταβαῖνον εἰς αὐτόν”.

“πνεῦμα” es neutro, “περιστερὰν” es femenino y “καταβαῖνον” es neutro, por lo tanto, el participio sólo puede estar concertado con “πνεῦμα”: es el Espíritu el que descendía. El conocimiento humano y el tránsito asiduo por las distintas fuentes de las que disponemos puede triunfar de esta ambigüedad¹.

Sin embargo, esto no siempre es así, y el ejemplo más claro al respecto se encuentra en la frase final del padrenuestro “ἀπὸ τοῦ πονηροῦ” (Mt. 6, 13), donde la forma del genitivo es la misma para masculino y neutro y, por lo tanto, puede traducirse “del mal” o “del malo”. No es una comprobación secundaria descubrir que, así como el bien proviene siempre de Dios, el mal proviene del malo: líbranos del mal o líbranos del malo son las dos caras de la misma moneda.

Lo que puede hacer, entonces, el estudio de las letras clásicas por el estudiante es señalarle un límite moral del conocimiento y aconsejarle que alcance ese límite o llegue tan cerca de él como su amor por Dios lo impulse. No sólo por su persona, o porque cuando el mundo lo juzgue a él estará juzgando (abusivamente) a toda la Iglesia en su persona. En este sentido, todo estudio es una preparación del sacerdote para una contienda de antemano injusta, en la que sus adversarios tienen permitidas todas las trampas y solo él, el pontífice, las tiene prohibidas. No es solo por esto, ya que lo importante es la salvación de las almas. Bajo el puente que el sacerdote construye para que las almas lo transiten, no hay un río tempestuoso bramando.

No sería bueno terminar estas reflexiones sin expresar ciertas ideas referentes al mundo. Los que trabajamos con las letras tenemos nuestros nortes profesionales que nos enfilan en la dirección del lenguaje y no siempre podemos resistir ese influjo y apartarnos de la literatura. Nuestro país ha dado soberbios nombres a la literatura universal, de los cuales es sin dudas el más resonante el de Jorge Luis Borges. Borges, el liberal. Borges, el de familia patricia. Borges, el lector de los clásicos. En más de una ocasión quiso parodiar el estilo de la Escritura, del mismo modo que en su juventud parodiaba los poemas de Lugones. En el texto que se titula “Fragmentos de un evangelio apócrifo”, (Borges, 1969), podemos leer: “Felices los que guardan en la memoria palabras de Virgilio o de Cristo porque éstas darán luz a sus días”.

Una lectura ingenua, una lectura que tal vez podría considerarse supersticiosa, una lectura como la que la filología clásica desaconseja a sus estudiantes, podría ver en esas palabras del escritor ateo un elogio de la oratoria de Jesús y no una afirmación de su carácter literario; tal vez un merecido encomio de la obra de Virgilio. Quien conoce a Borges sabe que, en su obra, como en el mundo de entonces y más en el de hoy, hay poco lugar para la ingenuidad.

¹ Huelga decir que el pasaje se ve clarificado en Lc. 3, 22; donde se afirma que el Espíritu descende “en forma corporal, como una paloma”.



Sin embargo, la palabra siempre triunfa. Los futuros sacerdotes deben aprender el uso de la palabra, a la que deben proclamar y explicar, pero sobre todo amar.

El Evangelio de San Juan, tan rico en muchos sentidos, comienza de una manera sorprendente, poética y teológicamente inquietante. Es un himno al λόγος, el *verbum* de Dios. Su primera oración merece las miles de páginas que se han escrito sobre ella: Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος. *En el principio era el verbo, o la palabra*, según suele traducirse el pasaje. Podemos conformarnos con ello y asimilar el verbo con la segunda persona de la trinidad y pasar adelante sin muchas preocupaciones. Sin embargo, el texto nos dice mucho más.

Dejemos de lado, para abreviar, la discusión acerca del principio: ¿Es un principio temporal o causal, histórico o teológico? ¿De qué principio habla el Evangelista? Como sea, en ese principio ya existía el λόγος, cualquier cosa que esto signifique. Sobre el λόγος ya han hablado Heráclito, Platón y Aristóteles. San Juan parece conocer esa tradición, pero la dota de un sentido nuevo, revolucionario. Ya no se trata del principio ordenador del universo, de la razón que sostiene al mundo tal como lo conocemos. Esa razón se ha hecho palabra. Esa capacidad que tiene la razón para convertirse en discurso existe desde el principio. Entre el pensamiento y la acción siempre hay un proceso, un esfuerzo, un trabajo, Para Dios no existe esa diferencia: su razón no se convierte en realidad (en palabra), sino que es la realidad misma, la verdad. La reflexión sobre estos textos, que proponemos desde la enseñanza de las lenguas clásicas, nos convierte en siervos del λόγος, en amantes y difusores de la palabra que, ella misma, no nos descubre la verdad, sino que es la verdad misma.

Referencias

- Borges, J. L. (1969). *Elogio de la Sombra, "Fragmentos de un evangelio apócrifo"*. Buenos Aires: Emecé.
- Virgilio. (1900). *Egloga IV*. Oxford: Clarendon Press.
- Virgilio. (1978). *Aeneis*. Paris: Les Belles Lettres.